

Fe e Iglesia. Sentido comunitario de la fe¹

Salvador Pié Ninot

Desde ya varias décadas, sobre todo durante los cincuenta años que median entre el Concilio Vaticano II y el momento presente, hay una expresión que se ha popularizado en no pocos ambientes: «Cristo sí, la Iglesia no». Es un tema antiguo, pero acuciantemente moderno. Joseph Ratzinger, el actual Benedicto XVI, en su *Introducción al Cristianismo*, cuando habla de la Iglesia afirma que «la Iglesia normalmente es el inconveniente más grave para la fe». En cierto modo es verdad. Aquí hay una cuestión que nos cuesta entender, como teólogos, como pastores, como catequetas, como creyentes preocupados por transmitir la fe en Jesucristo y por poder vivir esa misma fe en la Iglesia: ¿cómo hacer de la Iglesia un espacio *no polémico* para la fe?

Se trata, sin duda, de un tema nada fácil. K. Rahner afirma a este respecto que «no es fácil afrontar la cuestión de la Iglesia en nuestro mundo actual ya que la experiencia reciente sobre ella puede describirse como la de una larga transición que va de una Iglesia apoyada en una sociedad cristiana homogénea y casi idéntica con ella –una iglesia de masas– a una Iglesia constituida por quienes en contradicción con su entorno se han abierto paso hacia una opción de fe personal, clara y consciente».

Diversas encuestas y estadísticas, particularmente sobre el primer mundo, ponen de relieve que frecuentemente las llamadas instituciones sociales formales –Estado, partidos políticos, sindicatos, etc.– no tienen muy buena imagen, diversamente de lo que acontece con las ONGs, los nuevos movimientos socia-

¹ El presente texto es una transcripción de la ponencia dictada con el mismo título en las X Jornadas de Teología del ISTIC (Sede Gran Canaria) por el profesor Dr. D. Salvador Pié Ninot.

les y agrupaciones espontáneas. Por eso no es extraño que acontezca algo similar con la Iglesia como realidad más general, y todo esto a pesar de que el siglo XX, gracias al Concilio Vaticano II, centrado en la Iglesia, ha sido considerado por excelencia el siglo de la Iglesia.

Por otro lado, la clásica paradoja de estos últimos años recogida en el eslogan «Cristo sí, Iglesia no», se está transformando en «religión sí, Dios personal no». Aparece además el creciente fenómeno de los así conocidos «cristianos no practicantes», tipificados con una expresión que ha hecho fortuna: «creer sin pertenecer» a ninguna Iglesia, fruto de la secularización de nuestro mundo. El Papa Benedicto XVI, cuando habla de *Nueva Evangelización* tiene en mente como destinatarios de la misma precisamente a los bautizados que se han alejado de la fe.

Uno de los primeros objetivos del reciente Sínodo de los Obispos ha sido responder a la pregunta acerca del modo de anunciar la Buena Noticia a los bautizados alejados. Este es uno de los temas de nuestro tiempo, como también lo es el de la comprensión de la Iglesia como una pura estructura social de veinte siglos. ¿Cómo mostrar que la Iglesia es una estructura social, sí, pero estructurada a partir de una comunidad de fe, esperanza y amor?

El Concilio Vaticano II define con una expresión preciosa a la Iglesia: *comunidad de fe, esperanza y amor*. Quizá por esto en el inmediato postconcilio se popularizó el término comunidad, prefiriéndose al de parroquia. La expresión establece en cualquier caso la mutua correspondencia entre fe e Iglesia, de ahí la importancia de una adecuada presentación de la Iglesia y su lugar en el acto de fe.

El Credo más antiguo, el *Símbolo Apostólico* procede de la primitiva la *Regola Fidei*, la fórmula de la fe utilizada en el bautismo, que poco a poco fue ampliándose hasta dar lugar al Credo Apostólico, llamado así porque según una legendaria tradición, cada uno de los doce capítulos que lo componen procederían de la mano de cada uno de los apóstoles. Tal tradición no es sino una forma de explicar que se trata, en efecto, de un Símbolo Apostólico, es decir, que refleja bien la fe de la Iglesia. Es el Credo más antiguo completo que tenemos.

¿Cómo se plantea en el Símbolo Apostólico la cuestión de la Iglesia? En el Credo Apostólico decimos: *Creo en Espíritu Santo y en la Iglesia*. La traducción castellana no refleja con exactitud el sentido de la formulación griega y latina. Técnicamente, en latín y en griego no están las preposiciones *eis* e *in* delante del

vocablo *Iglesia*. La traducción correcta sería *Creo la Iglesia*. La preposición añadida en la traducción castellana tiene, por tanto, su razón de ser en la corrección lingüística propia del idioma castellano. El creer propiamente sólo se puede decir en relación a las personas divinas: *Creo en Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo*. La Iglesia no es persona divina; es por ello que no se dice *Creo en (eis, in) la Iglesia*. La Iglesia, por tanto, no es objeto de fe como Dios Padre, Jesucristo y el Espíritu Santo: la Iglesia no es un cuarto elemento de la fe.

Santo Tomás de Aquino explica en los siguientes términos por qué no se debe poner esta preposición para hablar de la Iglesia: «Si se usa el *in*, que el sentido sea este: *Creo en el Espíritu Santo que santifica la Iglesia*; pero es mejor que no se ponga el *in* sino que simplemente se diga *Creo la Santa Iglesia Católica*». Esta explicación es la que el Catecismo Romano del siglo XVI, el catecismo del Concilio de Trento, recoge: «Profesamos *creer la Santa Iglesia*, no en la Santa Iglesia. Mediante esta manera de hablar distinguimos a Dios, autor de todas las cosas de todas sus creaturas y de todos sus bienes inestimables que ha dado a la Iglesia». Esta precisión la repite el Catecismo de la Iglesia Católica, en el número 750: «En el Símbolo de los Apóstoles, hacemos profesión de creer que existe una Iglesia Santa, y no de creer en la Iglesia, para no confundir a Dios con sus obras, y para atribuir claramente a la bondad de Dios todos los dones que ha puesto en su Iglesia»

Para comprender correctamente la fórmula habitual *Creer (en) la Iglesia*, debe ser interpretada como creer *eclesialmente*: *Yo creo eclesialmente en Dios Padre, creo eclesialmente en Dios Hijo, creo eclesialmente en el Espíritu Santo*. Es decir, la Iglesia es el marco, el ámbito en el que se cree. En efecto, en el Credo más antiguo, la Iglesia no aparece como uno de los objetos de sus artículos, sino como el modo, el contexto, el desde donde se cree en Dios, gracias al impulso que recibe del Espíritu. Por tanto, la Iglesia no forma parte del mismo centro de la fe, ni es su término, sino que es el lugar y el contexto propio de la fe.

La razón por la que Santo Tomás de Aquino no tenía un tratado de eclesio-
logía era precisamente ésta: todo era *in medio Ecclesiae*, todo está hecho eclesialmente. No es necesario hablar de la Iglesia porque todo se lleva a cabo en medio de la Iglesia. No es lo mismo, por tanto, creer en la Trinidad, en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, que creer en la Iglesia. Esto no es una opinión teológica, sino una diferencia atestiguada por la más primitiva de las formulaciones de la fe.

Los teólogos de la Escuela de Salamanca –Francisco de Vitoria, Melchor Cano, Bartolomé Medina, Domingo Báñez– estudiaron ampliamente la cuestión acerca del lugar de la Iglesia en el acto de creer, en el acto de fe. La pregunta que se hacían era la siguiente: ¿es la Iglesia constitutiva del acto de fe? El motivo del acto de fe es Dios mismo; por eso la fe es una virtud teologal, ya que tiene su motivo último en Dios, que nos da su testimonio y no puede engañarnos. ¿Qué papel tiene entonces la Iglesia en el acto de creer?

El contexto en el que se plantea esta cuestión está condicionado por la polémica con los protestantes, que negaban a la Iglesia su cualidad sacramental. Miguel de Medina, franciscano, teólogo del Concilio de Trento, afirmaba que «la Iglesia es una condición para la fe»; esto es, no es la base de la fe, pero acompaña a la fe. Podemos decir que *acompaña hasta la puerta*, pero entrar dentro del acto de la fe ya forma parte del proceso de reconocer a Dios. La Iglesia es, por tanto, condición de posibilidad del acto de fe.

El Concilio Vaticano I, al hablar de la Iglesia como motivo de credibilidad, concedió una gran importancia al lugar que la Iglesia ocupa en el acto de fe. Aún hoy –ya lo indicaba K. Rahner en el año 72–, la teología sigue más las disposiciones del Vaticano I que las del Vaticano II, porque sigue considerando a la Iglesia un motivo de credibilidad. El Concilio Vaticano II, sin embargo, nos dice algo que, desgraciadamente, cincuenta años después aún no hemos conseguido visibilizar.

¿Qué dice el Vaticano II? El Vaticano II intentó elaborar una síntesis –tarea que aún nos ocupa– entre las eclesiologías que caracterizan el primer y el segundo milenio de la historia de la Iglesia. La cesura entre ambos períodos se sitúa en el año 1054, fecha de la mutua excomunión entre Roma y Constantinopla, cuando los ortodoxos se hicieron autónomos y abandonaron la Iglesia Católica. La eclesiología del primer milenio era una eclesiología de comunión sacramental en la cual el punto de referencia era siempre el obispo, la Eucaristía y la comunión de los obispos con el obispo de Roma. A partir del siglo XI, sin embargo, una vez consumada la separación de la iglesia ortodoxa, se acentúa otro tipo de eclesiología, la eclesiología de la unidad jurídica, en la cual el Papa se convierte en el punto de referencia casi único. Tanto es así que a partir del siglo XI no se considera el sacerdocio de los obispos como diferente al del sacerdote; el obispo se concibe como un sacerdote “solemne”, de una especial dignidad: un delegado del Papa.

El Concilio Vaticano II intentó unir estas dos eclesiologías o acentos eclesiológicos. Acometió esta empresa en primer lugar completando el Vaticano I, que solamente había podido hablar del Papa, al tener que concluir inesperadamente sus trabajos tras la invasión de Roma por los garibaldinos. El Vaticano II intenta recuperar la eclesiología de comunión sacramental, reconociendo en LG 21 que el episcopado es la plenitud del sacramento del orden. El día en que se votó LG 21, Pablo VI se quitó la tiara papal y se puso la mitra de obispo, en un gesto altamente significativo. Desde entonces el Papa no lleva tiara, sino una mitra como cualquier otro obispo. El Papa actual, en su escudo, no porta ya la tiara, sino una mitra, para subrayar la dimensión de colegialidad inherente al papado. El Papa, en efecto, no es un «super-obispo», que está por encima de los demás obispos, sino el obispo de la sede de Roma, que preside en la caridad y en el amor a toda la Iglesia y que tiene la última palabra en lo relativo a la comunión.

Este intento de síntesis del Vaticano II, a pesar de los pasos dados, está en cierto modo haciéndose aún. LG 24, el texto más decisivo para entender la función del ministerio episcopal y el ministerio de los presbíteros, afirma: «Para realizar la misión de Jesucristo, el Señor prometió a los apóstoles el Espíritu Santo, y lo envió desde el cielo el día de Pentecostés, para que con su poder fueran testigos ante todas las naciones y los pueblos de todos los extremos de la tierra. Esta función –*munus*– es un verdadero servicio que en la Escritura recibe significativamente el nombre de diaconía o ministerio».

A lo largo del segundo milenio, debido a la creciente visión jurídica de la Iglesia, ésta se fue comprendiendo a sí misma como una especie de corporación civil. La misma expresión *Cuerpo de Cristo*, de claro sabor escriturístico, no se entendía ya en el sentido paulino, sino que se traducía como «corporación de Cristo», una expresión que tendría un sentido similar al que le damos a las agrupaciones de oficios: el cuerpo de bomberos, de policía, etc.: el cuerpo de los cristianos. Se trata de una visión muy corporativista. En la Constitución Apostólica que precede a la promulgación del Código de 1917 se hablaba de la Iglesia como «sociedad perfecta», es decir autónoma, independiente de cualquier otra instancia. Así, El Vaticano I, al hablar de la Iglesia como motivo de credibilidad, se refiere al aspecto visible de la misma.

El Vaticano II, al pensar en el título o los títulos que se habían de dar a la Iglesia, buceó en la tradición del primer milenio, en los Padres de la Iglesia,

sobre todo en San Cipriano y San Agustín. Estos Padres llamaban a la Iglesia *sacramento*. En diez ocasiones se refiere el Concilio Vaticano II a la Iglesia como sacramento. Esto no significa que la Iglesia sea un «octavo sacramento», sino que la Iglesia es el «gran sacramento». El obispo P. Tena señala a este respecto que debería haberse dicho que la Iglesia es *sacramento* y que los sacramentos son los siete *actos sacramentales* de la Iglesia. En cualquier caso, si la Iglesia es sacramento quiere decir que no se ve todo. Un sacramento es, en efecto, un signo cuya importancia radica en lo que indica: el sacramento es signo sagrado que indica.

El Catecismo afirma que la Iglesia es un *misterio* que sólo puede ser percibido con los ojos de la fe. Por eso el primer capítulo de la Constitución sobre la Iglesia se refiere a la Iglesia como misterio, algo que constituye en cierto sentido una novedad. El misterio se dice no sólo de la Trinidad, de Cristo, sino también de la Iglesia. Misterio que quiere decir un signo sagrado en el mundo, que para ser vislumbrado ha de ser mirado con los ojos de la fe. Esto conlleva percibir la Iglesia como misterio, como un designio de salvación. Uno de los retos más acuciantes de la eclesiología es precisamente explicar que la Iglesia es un misterio.

Primariamente, la Iglesia es un designio de Dios en la historia. Desde esta perspectiva se ha de entender un texto fundamental de la Lumen Gentium, el número 8, cuyo título resulta esclarecedor: *La Iglesia a la vez visible y espiritual*: «Cristo, el único Mediador, instituyó y mantiene continuamente en la tierra a su Iglesia santa, comunidad de fe, esperanza y caridad, como un todo visible, comunicando mediante ella la verdad y la gracia a todos. Mas la sociedad provista de sus órganos jerárquicos y el Cuerpo místico de Cristo, la asamblea visible y la comunidad espiritual, la Iglesia terrestre y la Iglesia enriquecida con los bienes celestiales, no deben ser consideradas como dos cosas distintas, sino que más bien forman una realidad compleja que está integrada de un elemento humano y otro divino». La Iglesia, por tanto, es una realidad compleja, no organizativa sino constitutivamente. El término sacramento se antoja fundamental para atisbar esta complejidad. Desgraciadamente en los últimos cincuenta años no ha estado muy de moda este título eclesial. Y sin embargo, se trata del título más habitual de la Lumen Gentium. Hoy se usa mucho la expresión *Cuerpo de Cristo*, que sin duda es correcta, pero el Concilio la usó más bien con discreción, pues veía que en ella había un riesgo de angelismo o de corporativismo: o Cuer-

po de Cristo, entendiendo que es igual, como Cristo, o Cuerpo de Cristo entendida solamente como corporación.

LG 8 continúa diciendo que «por eso se la compara, por una notable analogía, al misterio del Verbo encarnado, pues así como la naturaleza asumida sirve al Verbo divino como de instrumento vivo de salvación unido indisolublemente a Él, de modo semejante la articulación social de la Iglesia sirve al Espíritu Santo, que la vivifica, para el acrecentamiento de su cuerpo». La Iglesia se asemeja análogamente al Verbo Encarnado. Lo visible de la Iglesia está al servicio del Espíritu de Cristo, que le da vida para que el cuerpo crezca. Pero atención: en Jesucristo hay unión hipostática, es decir, hay unión plena, absoluta, entre el Verbo de Dios y la humanidad; en la Iglesia, no. Por eso en la Iglesia puede haber pecadores. Y en Jesús no puede haber pecado. En el texto siguiente se afirma que en la Iglesia, siendo santa, en su seno hay pecadores, porque la Iglesia es de caminantes. Si no entendemos la Iglesia de esta manera, no hay modo de hacer una fe eclesial. Quien dice yo no creo porque no estoy de acuerdo con el Papa, o con mi obispo, mantiene una visión de la Iglesia sesgada. Es preciso en este sentido hacerse más «conciliares»: entender que la Iglesia vale la pena por lo que da; la Iglesia es santa por los dones santos que da, que comparte, la Palabra y los sacramentos. Aunque el lector, o el que predica, o el que administra los sacramentos sea un desgraciado, los dones santos son iguales. Pero en su seno tiene pecado, porque somos una fraternidad *per mixta* (S. Agustín), que no quiere decir de hombres y mujeres, sino de buenos y malos.

Es importante entender esta diferencia fundamental, que esclarece el sentido en que decimos que la fe es eclesial. En este momento de minoranza, hemos de ser muy *fundamentalistas*, en el sentido literal de la palabra: ir a los fundamentos. ¿Qué encuentro en la Iglesia? La Palabra de Dios, anunciada y predicada, y los sacramentos, celebrados y participados. Este es el tesoro de la Iglesia. Un tesoro que, paradójicamente, es portado y transmitido por una comunidad de pecadores.

Ya antes del Concilio Vaticano II cuatro grandes teólogos escribieron sobre esta cuestión, lo que es un fiel indicador de su importancia. Y. Congar, en *Verdaderas y falsas reformas en la Iglesia*, afirmaba que en la Iglesia había habido casos de reforma verdadera. Es el caso de san Francisco de Asís, que hace una reforma, pero permanece en la Iglesia. En cambio Lutero hace una reforma y no se queda en la Iglesia. Karl Rahner, con su famoso artículo *La Iglesia de los*

pecadores también aborda esta cuestión. Balthasar –el único de los cuatro que fue teólogo conciliar– abordó esta problemática en un artículo titulado *Ecclesia casta meretrix*; un artículo largo, del año 1954, una colección de textos de los Padres de la Iglesia –hasta Dante– en el que utilizaba la imagen de una mujer casta, que paradójicamente había pecado, para hablar del pecado en el interior de la Iglesia. Por último, un por entonces jovencísimo teólogo llamado J. Ratzinger –que apenas tenía veintiocho años–, escribe un pequeño artículo, *Negra, pero hermosa*, de cuyo título –una expresión del Cantar de los Cantares que los Padres de la Iglesia usaron para designar a la Iglesia– después se ha arrepentido por ser políticamente incorrecto. En la Iglesia hay pecado, aunque ella sea santa y tenga dones santos. Los que formamos parte de ella estamos en camino, por eso hay el sacramento de la penitencia y al comenzar la Eucaristía pedimos perdón. No se trata de una cuestión meramente retórica. Es cierto que las dificultades para celebrar hoy el sacramento del perdón son grandes. Pero lo cierto es que la Iglesia no es la comunidad de los buenos o de los mejores, sino en todo caso la de aquellos que intentan ser buenos. Aquí hay sin duda un elemento fundamental.

Quisiera terminar con una pregunta: ¿puede la Iglesia ser *puerta de la fe*? En el documento *Porta Fidei*, en el n. 10, el papa Benedicto XVI subraya la dimensión personal y comunitaria de la fe cuando dice: «Profesar con la boca indica a su vez que la fe implica un testimonio y un compromiso público. El cristiano no puede pensar nunca que creer es un hecho privado. La fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con Él. La Iglesia en el día de Pentecostés muestra con toda evidencia esa dimensión pública del creer y de anunciar a todos sin temor la propia fe. Es el Espíritu que capacita la misma profesión de fe, que es un acto personal, y al mismo tiempo comunitario. En efecto, el primer sujeto de la fe es la Iglesia. En la fe de la comunidad cristiana cada uno recibe el bautismo, signo eficaz de la entrada en el pueblo de los creyentes. Como afirma el Catecismo de la Iglesia católica (n. 167): “«Creo»: Es la fe de la Iglesia profesada personalmente por cada creyente, principalmente en su bautismo. «Creemos»: en la fe la Iglesia confesada por los obispos reunidos en Concilio, o más generalmente por la asamblea litúrgica de los creyentes. «Creo», es también la Iglesia, nuestra Madre, que responde a Dios por su fe y que nos enseña a decir: «creo», «creemos»”.

Quisiera concluir con algunas consideraciones. Primero, algo que también los Padres decían y que Juan Pablo II recogió en sus últimos documentos –en la

Novo Millennium Ineunte, donde hablaba de nuevo del *Misterium Lunae*-. Los Padres de la Iglesia comparaban a la Iglesia con la luna, que no tiene luz por ella misma, que a veces no se ve o está oculta, sino que recibe la luz del sol, que es Cristo. No hemos de tener miedo, cuando hablamos de la fe en la Iglesia, de decir que la Iglesia es una *paradoja*, una compleja realidad. Henri de Lubac, uno de los grandes teólogos del Concilio, en el libro *Paradoja y Misterio de la Iglesia*, plantea algo de absoluta actualidad. De Lubac, al ser solicitado a su regreso del Concilio que hiciese una ponencia sobre la Iglesia en el Instituto Católico de París, utilizó ese mismo título *Paradoja y Misterio de la Iglesia*. Referirse a la Iglesia en primer lugar como paradoja, anteponiendo tal denominación a la de Misterio, puede causar sorpresa. Pero en el mundo moderno la Iglesia y los cristianos aparecemos como una paradoja, y no nos deberíamos sentir molestos por ello. Somos una paradoja porque afirmamos realidades sublimes y no somos fieles a ellas. Concluimos con estas elocuentes palabras del teólogo francés:

«¡Qué realidad tan paradójica es la Iglesia en todos sus aspectos y contrastes! Durante los veinte siglos de su existencia, cuántos cambios se han verificado en su actitud... Se me dice que la Iglesia es santa, pero yo la veo llena de pecadores... Sí, paradoja de la Iglesia. No se trata de un juego inútil de retórica. Paradoja de una Iglesia hecha para una humanidad paradójica... Pues bien, en esa comunidad yo encuentro mi sostén, mi fuerza, mi alegría. Esa Iglesia es mi madre, y así como empecé a conocerla, primero en las rodillas de mi madre carnal... La Iglesia es mi madre porque me ha dado vida. Es mi madre porque no cesa de mantenerme y porque, por poco que yo me deje hacer, me hace profundizar cada vez más en la vida... En una palabra, la Iglesia es nuestra madre porque nos da a Cristo... Cuanto más crece la humanidad más tiene que renovarse también la Iglesia. No todos sus hijos lo comprenden. Unos se espantan, otros se escandalizan. En medio de estas coyunturas, los que la reconocen como madre tienen que cumplir con su misión, con una paciencia humilde y activa. Porque la Iglesia llena la esperanza del mundo...».

Si no tenemos una paciencia humilde y activa no creeremos nunca en la Iglesia.